

# París finisecular

Renacimiento recupera el libro  
que Blasco Ibáñez dedicó  
a la capital francesa en 1893

LUIS  
ANTONIO  
DE VILLENA



**E**l valenciano Blasco Ibáñez (1867-1928) no sólo fue uno de los escritores españoles que alcanzó mayor fama mundial, desde principios del siglo XX (murió en su villa de Menton, cerca de Niza) sino que escribió una obra impresionante en volumen y a menudo en calidad, tuvo una intensa actividad política antimonárquica, fue masón y fundó periódicos, más o menos efímeros, y una importante editorial –Prometeo– que dio a conocer, a menudo con prólogos del propio Blasco, a muchos autores extranjeros. Varias de estas cualidades y el hecho de que nunca le faltaran lectores ni dentro ni fuera de España, ha hecho que a Blasco se lo haya tratado de minimizar envidiosamente dentro de su país. Quizá no es un autor genial, pero basta leer sólo alguna de sus más famosas novelas (como ‘Los cuatro jinetes del Apocalipsis’) para saber que es un

autor notable al que no se puede desdenar...

Por lo demás fue un autor que comenzó a escribir y a publicar en periódicos muy pronto (desde finales de la década del 80 del siglo XIX) al tiempo que participaba en toda suerte de política o cabildos antimonárquicos y revolucionarios. De hecho el hermoso libro de artículos que voy a comentar – ‘París. Impresiones de un emigrado’ – libro de viajero y también de observador, se hizo durante el año que Blasco pasó exilado en París (regresó gracias a una amnistía) durante el curso 1890/1891, porque, aún en Valencia protestó por la visita del pretendiente carlista. En sus crónicas –que publica un periódico de Valencia, entre agosto de 1890 y julio de 1891– Blasco no hace sino alusiones políticas –como reírse de los monárquicos franceses a los que, con razón, mira ya como definitivos perdedores– pero, a cambio, describe espléndidamente y con una prosa a la par bella y ágil, la vida de aquella ciudad que en esos años era, ciertamente, la capital del mundo. Habla (escojo un tanto a vuelapluma, todo es sabroso) de la visita



Vicente Blasco Ibáñez, en el retrato que le hizo el célebre fotógrafo Alfonso.

de la emperatriz de Alemania a París, del poco interés que el hecho suscita entre los parisinos, y consecuentemente del odio no curado que existe entre los dos pueblos desde la derrota francesa de 1871. Habla del poco (o mal) gusto de los parisinos por la ópera, más a menudo un acontecimiento social que musical, defendiendo al entonces poco valorado Bizet. Comenta el largo y duro invierno de Pa-



## PARÍS. IMPRESIONES DE UN EMIGRADO

Vicente Blasco Ibáñez. Edición de Emilio Sales Dasí. Renacimiento, Sevilla, 2013. 280 páginas.

rís (al parecer ese año fue especialmente duro) que si lleva a los ricos a patinar en los lagos de los parques públicos como el Bois de Boulogne, llena de dolor y exagera la miseria de los pobres. Comenta los bailes de moda –como el Bullier– y de nuevo las diferencias sociales tan acusadas en la ciudad, incluyendo los no infrecuentes suicidios en el Sena por desesperación. Le encanta el Barrio Latino, el de

los estudiantes y escritores, para él el más vivo y original de la ciudad, sobre todo cuando llegan los carnavales y el célebre ‘Mardi-Gras’. Se da cuenta de algo que todos hemos pensado al ver el París de hoy, y es que la ciudad, a fines del XIX, abundaba en obras que el invierno volvía más sucias. Le parece anticuado el barrio de Saint Sulpice (cerca del Latino) entonces feudo de la derecha más reaccionaria, que no celebra el 14 de julio. Habla de los nihilistas y de muchos estudiantes rusos, todos soñadores de distintas revoluciones para su patria. Y naturalmente saluda ‘La llegada del buen tiempo’ que, en una ciudad que ha dominado el invierno, tiene mucho más sentido que en nuestra tierra meridional que ahora. Quizá Blasco Ibáñez (pese a algunas alusiones) habla menos de literatura de lo que tenderíamos a suponer. Él quiere, en buena prosa, ser más el viajero atento a la pluralidad de la vida –las grandes casas y las pensiones de miseria– que a la situación literaria del momento que sin dudar le interesaba.

El conjunto es un muy bello y vivido libro sobre el París de la época, que permite adivinar que Blasco (como en efecto ocurrió) llegaría a ser un gran escritor de viajes, culminando con ‘La vuelta al mundo de un novelista’ (1924-25). Habla de otros exilados españoles y europeos, pero sobre todo de la gente y del pulso de París, lo que hace del libro –se publicó como tal en 1893– una mezcla de gran documento y de ameno cajón de sastre, de una ciudad en todo su pulso. Lo que cuenta es hoy lejano, pero resulta tan palpitante y en prosa sazonada, que el conjunto sigue valiendo la pena. No es un escritor corriente el autor de este libro.

## H y R (final)

**S**e me ocurre, a bote pronto, y quizás me equivoque, que una de las fuentes de inspiración de Haruki Murakami, es el folclore europeo, el celta en especial. Seguramente se me ocurre porque este folclore es relativamente cercano, asequible. Aunque soy consciente de que los elementos en los que me baso para decir esto, no son desconocidos en otras mitologías. Sin embargo los elementos están ahí, muy precisos, como si a largo de toda su obra H. Murakami se hubiera empeñado en pro-

ducir una personalísima adaptación de estos mitos europeos. Casi como hiciera Tolkien. Pero ahí donde el sudafricano se centró en la épica, Murakami prefiere las pequeñas leyendas, quizás porque son más inquietantes, más cercanas. De este modo a lo largo de sus historias es posible detectar al pequeño pueblo de las hadas, que no es siempre, o no es casi nunca, bienintencionado. Y relacionado con él las figuras del doble, del trocadiño, y del héroe encantado en varias de sus vertientes. No falta el espectro, ni el sue-

ño de carácter sobrenatural. Y tenemos ese personaje, el hombre alce, con piel y cuernos, que recuerda al Cernunos céltico. Y sobre todo la presencia en tantas de sus novelas del otro mundo. Ese otro mundo, que en los cuentos está ligeramente separado del nuestro por el más tenue de los velos. A pesar de eso solo se puede llegar en ciertas situaciones, o si de alguna manera, estás relacionado con él. Un viaje nunca exento de consecuencias. En la obra de H. Murakami, la presencia del otro mundo, abierto al nuestro, aunque solo unos pocos sean conscientes de él supone una fractura. Por eso, como ya señalé, los protagonistas de sus novelas comienzan siempre sufriendo algún tipo de cam-

## EL TALISMÁN DE LA COSTURERA

CIRO  
GARCÍA



supuesto, las influencias de un autor como Murakami, van más allá de la mitología. Por ejemplo, ‘El pájaro que da cuerda al mundo’, tiene alguna deuda con ‘El libro negro’, de Pamuk; al igual que ‘1Q84’, la tiene con Dhalgren de Delany.

Con la que no tiene ninguna relación ‘Azul casi transparente’ de Ryu Murakami, es con la Naranja Mecánica, que es lo que reza la contraportada. Si una escena de violencia basta para emparejar dos obras, entonces todas son primas hermanas. R. Murakami también tiene sus fuentes mitológicas, pero se trata de la mitología del Rock n Roll, que sus personajes tratan de vivir de un modo desesperado. Sin embargo, si algo desmitifica R. Mura-

kami, es el mito de las drogas. En realidad nunca sabemos si ciertas impresiones del protagonista vienen de la ingesta de psicodélicos o de su propia sensibilidad. No hay dos mundos, sino uno. Y en este uno las barreras y las categorías caen, las dicotomías tienden a desaparecer. Todo es claro, preciso, hermoso y terrible. Hasta lo más desagradable tiene una patina de pureza ante la mirada del héroe. Una mirada angelical, pero tremendamente física. No hay fracturas, sino unión. Nada puede ser reparado, porque, aún lo roto está de alguna manera entero, y no hay retorno posible del caos al orden, porque nunca hubo orden, y el caos es lo que da forma y belleza a todas las cosas.